

1998

☼Sol, adiós!

Alfredo Pita

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Pita, Alfredo (Otoño 1998) "☼Sol, adiós!," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 48, Article 13.
Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss48/13>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

Alfredo Pita

El Tiempo Señalado
(Novela)

Primera Parte
Capítulo III

¡SOL, ADIOS!

Estuve releendo las páginas del libro negro, cuyas anotaciones visionarias he ido concadenando en esta narración de Angelocastro (salvo la última experimentada con Dano Commeno, que viví casi como una recordada realidad y que escribí directamente en esta relación de mis días, la cual contiene, como expliqué, los asientos de *La Segunda Memoria*), y llegué, no sin una leve preocupación y en cierto modo no sin algo de paradójico alborozo, al siguiente argumento a símili: Que para describir esas visiones, necesariamente tuve que ser Angel Lapique, y que si yo fui ese hombre, yo soy el Angel Lapique de mis narraciones que redacta esta historia episódica. (En realidad, el pasado es la substancia de la cual está hecha la vida, porque apenas se vive y ya es asunto del recuerdo. Sin embargo, para mi desgracia, no ocurre igual con mi vida, pues mi pasado es oscuro y mi memoria confusa).

Puedo aceptar el anterior argumento como un axioma, pero me cuesta pensar que yo sea ese ser desconocido para mí, quien se vió impulsado a cometer un crimen que en verdad nunca llegó a realizar, aunque su voluntad de venganza y el acto mismo lo condenan a sufrir demencia y exilio. ¿Confesaré que, impelido por una terrible necesidad de identidad, me he confraternado con sus amargas angustias y comparto el extraño enigma de su destino, exactamente como si él y yo fuéramos una sola persona? Es por esto que, para saber acerca de mi vida, debo antes saber de la suya, es decir, que conociendo el desarrollo de su existencia puedo inferir el mío, pues, como he dicho, es posible que ambos seamos uno solo... (¿Pero podrá

ocurrir, como en un espejo, que Angel Lapique estuviera, al tiempo que yo, sufriendo visiones sobre mi vida y escribiendo esas experiencias, como yo lo hago con las mías? ¿O que tal vez ya hubiera muerto y por lo tanto mi vida no fuera más que un sueño?).

Los últimos días se han tomado fríos y ventosos, preludio del recio, inexorable invierno que se avecina, devorador de luz y vida. El mar de la bahía, antes plácido y de un oliváceo cristalino, se ha colmado de bucles movedizos y sus aguas adquirieron el color de las regiones tenebrosas de Hagesilao, donde anualmente se oculta la infeliz Perséfone. También el cielo ha cerrado su uranio párpado ciclópeo: sólo acoge la progresiva y monótona unanimidad plomiza, que suscita aflictiva soledad y obliga a evocar a la inexistente madre para que nos proteja de las sombras. Paso estos días encerrado en el Salón de los Recuerdos, con su puerta de madera y vidrio sacudida por la intermitencia de los torbellinos, con la chimenea cargada de encendidos leños de pino y rociada con granos de trigo untados de miel, leyendo, pensando, escribiendo algunas reflexiones y, lo más importante, preparándome para provocar una nueva visión. En cuanto a los demás, sé que Laura rinde las horas con empeñosas lecturas, mientras que Adrión se afana en su habitación-laboratorio produciendo benéficos alcoholes para apaciguar el venidero, implacable frío invermizo. Malafé, la mal llamada estatua, fue expulsado del castillete, aunque en verdad, tal como me lo manifestó Adrión, su presencia de enfermero ya no era necesaria aquí (digo enfermero, pero más bien debería decir pancraciasta, por el rudo trato que me dispensó durante tanto tiempo), y retiró su servicio.

Aparte de lo dicho, quiero confesar que, después de las dos últimas experiencias visionarias, las realizadas con Adrión y Dano Commeno, también en estos días mi percepción de la realidad ha cambiado, como si algo hubiera ocurrido en mí, y descubro ahora que son de otra manera las cosas que están delante de mis ojos. No me refiero a los retratos del Salón de los Recuerdos, los cuales siguen siendo retratos de desconocidos personajes, sino a las “antigüedades de porcelana y preciosos metales”, a los blasones, armeros y demás tergiversaciones que mi mente prodigó (una caparazón quelonia, por ejemplo, era un escudo familiar, etcétera), queriendo — en contradicción con toda ortodoxia — ver cosas que no son las que son, como la referida plaza del castillo (ciertamente una explanada en el declive de entrada al castillete, que se impuso como plaza de ejecuciones por causas criminales o impiedad religiosa), la disposición de La Urbe y hasta la estatura de Adrión, que procuraba empequeñecer.

De tal manera, pues, transcurran los días, hasta que un hecho lamentable vino a empañar la paz de Angelocastro. Fue como un sobresalto en la dilata y letargosa quietud de la estación (en el calendario jonio corresponde al mes pianepsión). Una mañana — era muy temprano y todavía todos dormíamos — desperté en el momento en que alguien llamaba a Adrión a viva voz. Era tan

inusitado que aquello ocurriera que en seguida pensé que algo extraordinario debía haber pasado. Me puse una bata y bajé al instante, pero ya Adrión estaba en la puerta, frente a un hombre que gesticulaba y gritaba un idioma casi incomprensible, tratando de explicar algo que ni siquiera yo lograba entender.

—**¡Signómin! ¡Signómin!** — se excusaba el campesino —. **¡Lipoúme poli!** — nos decía, expresando su pesar, después de soltar una perorata de la que apenas logré descifrar el nombre de Crisa.

Le expliqué a Adrión que se trataba de Crisa, su amiga, y que el hombre nos instaba a ir con él. Lo invitamos a pasar para que nos esperara al calor de la casa, mientras nosotros nos vestíamos, y tan pronto como lo hicimos, salimos con el hombre sendero arriba, bajo una leve llovizna que no cesó en todo el trayecto hacia la cima de una colina, en un sitio apartado donde había un pequeño, cruciforme templo de piedra y ladrillo con una cúpula central de tejado cónico. Me di cuenta de pronto, no sin sorpresa, de que era un templo cristiano, y por mi mente pasó la fugaz idea de que allí había estado antes el santuario de alguna diosa, porque todavía podía sentir su influencia sagrada.

Angustiados, caminando lo más rápido que nos permitía la encharcada tierra rojiza, atravesamos el descampado en dirección a la iglesita, donde sonaba una campana cuyo nostálgico tañido se dilataba por la amplia extensión de la cumbre y parecía prolongarse aún sobre el visible mar ceniciento, oscurecido por la garúa. Unos cuantos hombres se habían congregado en el nártex, fumando y hablando todos a la vez. Entre ellos estaba el padre de Crisa, el viejo cabrero, como me lo hizo saber Adrión, y no habíamos llegado a estar cerca del grupo, cuando uno de ellos se separó para venir a encontrarnos. El rostro me pareció conocido, y ya a unos cuantos pasos de nosotros la cara del hombre se transparentó en mi memoria y pude reconocer a un viejo marinero, entonces retirado de las andanzas por puertos ultramarinos de América, quien nos había auxiliado, tiempo atrás, en la transportación de nuestras cosas (ropa y libros) a Angelocastro. Se llamaba Spyridon Stamatopoulos, pero se presentaba como Juan, pues decía que por este nombre había sido conocido en La Guaira. El encuentro con Juan revivió momentos perdidos de mi memoria: pude rescatar que él había sido la primera persona que habíamos conocido en el Peloponeso y que, gracias a su amistosa asistencia, logramos, no sólo conseguir rápidamente la magnífica casa que hasta ahora he nombrado como el castillo de Angelocastro, sino guiarnos por los sitios aledaños de la antigüedad. Juan nos narró, con rostro contrito, los penosos hechos ocurridos posiblemente la víspera y sólo conocidos esa mañana, gracias a la lealtad de un perro ovejero, abrumado por la suerte de su amo (recordé al can de Ulises, Argos,

colmado de males por la ausencia del Laertífada). El animal había estado ladrando durante toda la noche, y sus latidos se oyeron como un gran lamento sobre la callada colina, y cuando en la madrugada un joven pastor subió a la cima brumosa, atraído por los persuasivos latidos del perro, lo encontró jadeante, extenuado, rondando el broquel de un viejo pozo agotado, tremolando la cola. Como era lógico, lo primero que se le ocurrió fue echar un vistazo en el hoyo poco profundo del pozo, el cual había sido tapado con piedras hasta dejar una concavidad de la hondura de casi dos hombres, y fue su sorpresa muy grande cuando descubrió el cuerpo sin vida de Melancio, precisamente el hombre encaprichado con Crisa, cuyos anhelantes cortejos ella siempre había rehusado a pesar de los designios de su padre. El cadáver de Melancio yacía de espaldas y la cabeza estaba parcialmente oculta por un pedrejón bajo el cual se abría un enorme círculo de espesa sangre coagulada. A todas luces, se podía deducir que se trataba de un horrendo crimen.

Sin embargo, el asunto no terminaba ahí. Después que el pastor dio la noticia de la infortunada muerte de Melancio, los hombres del villorrio se congregaron en el sitio, a unos escasos cien metros del templo, y cuando bajaron al foso para extraer el cadáver, descubrieron en una mano rígidamente cerrada un inconfundible chaí bordado que sin duda pertenecía a Crisa. En ese momento interrumpió Adrión:

- ¡Un momento! — gritó apartándose para acercarse a Juan —.
 ¿Dónde está Crisa?
 — ¡Espera! — respondió Juan.
 — ¿Le ha ocurrido algo? — interrogó Adrión.
 — Te lo voy a decir. ¡Espera!
 — ¡Quiero verla! — exclamó Adrión, fuera de sí.
 — ¡Calma! — pidió Juan poniéndole una mano en el hombro.

Según Juan, casi todos los presentes estaban confundidos con el increíble hallazgo y no sabían qué opinar, y los que expresaron su apresurado parecer, lo hicieron sin razones, con la ignorancia propia de los que hablan por hablar sin el natural sentido común que no permite decir simplezas y extraviadas conjeturas, sólo para tratar de acertar un juicio y ganar fama de hombre prevenido. “Este es un vicio del que adolecen muchos hombres — dijo —, un mal muy frecuente y traicionero, y se parece mucho al de los borrachos, que se llenan de palabrería liosa y sin cordura”. Lo que más llenaba de confusión no era tanto el sorprendente y espantoso crimen de Melancio, sino el chaí de Crisa que éste aferraba con su mano derecha con rigor preternatural.

Estaban, pues, desconcertados con todo lo ocurrido, cuando oyeron un alboroto proveniente de la parte oriental de la meseta. Era otra vez el mismo pastor que había encontrado el cadáver en el pozo, quien pedía con apremiantes gritos la concurrencia de los hombres al borde de la cumbre, en

el punto de un acantilado rocoso. Allí se reunieron para dirigir la mirada al sitio que señalaba el muchacho, en el fondo del frontón.

— ¡Es un cadáver, otro cadáver! — gritó alguien

Lo era en verdad, pero desde la altura y por la tenue cortina que creaba la llovizna no se podía distinguir de quién se trataba. Unos cuantos se ofrecieron como voluntarios para descender por un empinado sendero de cabras y rescatar aquel cuerpo desconocido que yacía sobre una gran roca del acantilado, bañado por la lluvia y las salpicaduras del choque del oleaje contra la pedregosa costa. Alguien obsequió su capa de lona para envolver al muerto y trasladarlo hasta ahí. Los espontáneos bajaron con presteza hasta el rompiente y recuperaron el cadáver, no sin sufrir recias dificultades por lo embarazoso que resultaba acercarse al lugar donde había tenido fin la peregrinación terrena de esa persona, y luego, también con penoso desempeño, lo transportaron hasta arriba. Entonces, si antes había sido un revuelo de confusión el descubrimiento de los restos de Melancio, más inquietante y conturbativa se convirtió la situación, cuando los voluntarios declararon que se trataba de la infeliz Crisa,

— ¡No! — exclamó Adrión.

— ¡Así es! — afirmó Juan con sorprendente serenidad, aunque su rostro delataba el inmenso dolor que sufría su alma.

— ¡No puede ser! — dijo Adrión cubriéndose la boca.

— ¡Es! — reafirmó Juan —. Nadie lo puede creer. A cincuenta años se encumbran mis recuerdos, tiempo en el cual he presenciado sucesos terribles, pero los ocurridos ahora oscurecen a todos ellos.

Hicimos un largo silencio, cada uno mirando a donde mejor nos parecía, cada uno pensando qué podía haber pasado. Adrión estaba profundamente entristecido. Recordé que meses atrás, cuando trataba de resolver el enigma que él me había planteado, me confesó su amor por Crisa y la determinación de contraer matrimonio con ella. Pero el destino había enrumbado los acontecimientos de otro modo, no por la muerte de Crisa, sino porque ella se había alejado de él y de todos sus allegados, según lo refirieron esa mañana, convirtiéndose en una mujer difícil, *diskolé*.

Juan rompió el silencio para admitir que, de acuerdo con el comportamiento huraño que ella había mostrado en los últimos meses, no era descabellado pensar en un suicidio, pero ¿cómo se podía explicar la muerte de Melancio, la cual, sin duda, era un repugnante crimen? Nos explicó que había solicitado nuestra presencia por dos razones: primero, porque estaba en conocimiento del afecto de Crisa por Adrión, de sus alabanzas pregonadas el día en que él la liberó de la cabreriza de piedra, la humillante prisión donde su padre la había confinado, y, segundo, porque

consideraba que nuestro intelecto podía aportar buena luz a la oscuridad de los hechos.

— La inteligencia — dijo con peculiar sabiduría — debe ser como la luz de un bombillo, el cual no encendemos para sí mismo, sino para que ilumine nuestro entorno.

Fue entonces cuando Adrión quiso ver el cuerpo de Crisa. Tanto el de ella como el de Melancio los tenían en la iglesita, a la espera de la llegada de las autoridades que debían acudir del Itsmo. Nos acercamos al grupo reunido en el nártex y fuimos saludando con parejas y graves inclinaciones de cabeza, las cuales nos eran devueltas de idéntico modo. El padre de Crisa, con el rostro desencajado, le extendió una mirada afligida a Adrión y éste se dirigió a él, atravesó la apretada fraternidad con la dignidad de un archimandrita y ambos se saludaron con los brazos extendidos. Luego, nos dirigimos al interior, donde se respiraba con pesadez un aire condensado de incienso. A la entrada se encontraba un icono de la Virgen **galaktotrophosa** (lo que me ayudó a reforzar la idea de que en ese sitio había existido antes un templo a la diosa-madre), y, a un lado, tendidos en el suelo, el cuerpo de Crisa junto al de Melancio, a quien en vida ella había tenazmente repudiado.

Adrión se acercó al cadáver de su amiga, levantó la capa de lona a la altura de la cabeza y concentró con supremo dolor la mirada en el rostro lleno de laceraciones y fuertes traumatismos, sin duda producidos en la caída, por los rebotes contra las rocas del acantilado. Sin poder aguantar la macabra visión, ni suprimir el gesto de horror, rápidamente ocultó de nuevo el rostro y se vino a mi lado. Estaba, en lo más profundo, conmocionado. De pronto, levantó la cabeza y volvió la mirada al cuerpo de Melancio, cubierto de la cintura para arriba con el chal de Crisa.

— ¡El lo hizo! — me dijo en ese momento.

— ¿Cómo? — le pregunté sorprendido.

— ¡Lo sé! — me aseveró —. ¡Todo ocurrió por él!

— Pero, ¿cómo lo puedes saber? — lo interrogué en voz muy baja, casi al oído.

Adrión me hizo un gesto para salir, y lo seguí fuera de la iglesita hasta un lugar algo apartado del grupo donde, con mirada ansiosa, nos esperaba Juan con el hombre que había ido a buscarnos esa mañana. Adrión le hizo unas cuantas preguntas más a Juan sobre Crisa y éste las respondió de acuerdo con lo que se había murmurado acerca de ella los días anteriores y esa madrugada. Al parecer, Crisa gustaba de los paseos por los parajes solitarios de los alrededores, y la noche anterior al terrible acontecimiento, su familia había estado preocupada por su desaparición, pues era inusual una falta de más de un día. En cuanto a Melancio, perseverante como casi todos los hombres del villorrio en su visita diaria al Café, su inusitada ausencia

sorprendió y motivó la curiosidad de todos los contertulios, quienes la víspera se dieron a comentarios por no estar él en la mesa de costumbre.

- De manera que él la siguió hasta aquí — dijo Adrión.
- ¿Usted cree? — preguntó Juan.
- No es un misterio intrincado — respondió.
- ¿Por qué no?
- Todos conocían la costumbre de Crisa de merodear por este sitio — explicó Adrión —, ¡y también Melancio lo sabía! Ambos desaparecen y luego sus cuerpos son hallados no muy lejos uno del otro.
- ¿Y cómo se explican sus muertes? — preguntó Juan.
- ¡Por el cha de Crisa! — dijo Adrión.
- No lo veo muy claro — repuso Juan.
- En realidad, digamos que no es muy claro — reconoció Adrión —, y tal vez le parezca una ligereza de mi parte llegar a esta conclusión, pero no deja de ser una clave el hecho de que el cha haya aparecido en su mano, ¿no le parece?
- Tal vez — dijo Juan.

De pronto comencé a vislumbrar lo que Adrión quería decir (¿quién, si lleno de amor por Crisa, y con ese amor la intuición de quien ama, no habría llegado a idéntico cálculo?). Una increíble pero ocurrente relación me vino a la mente: el cha era como una pluma de la oca en que se hubo convertido Leda, cuando trataba de huir de los asedios amorosos de Zeus, sostenida en el pico del cisne en que se transformó éste para someterla a sus abrazos. Este hecho no se menciona en la leyenda, pero sin duda fue una repentina analogía fabulosa, que me permitió precisar la perspicacia de Adrión. El cha en la mano de Melancio lo denunciaba en cierto modo, era la pluma en el pico del cisne.

— Sí — continuó Adrión —, creo que él la siguió hasta el viejo pozo, como seguramente lo hizo en otras oportunidades, y después de vencerla por la fuerza, ella quiso desquitarse del agravio y se le ocurrió el ardid de dejar caer el cha al foso, como por un descuido, con femenino fingimiento, con la intención de que Melancio se lo recuperara. Si fue así, tal vez él nunca sospechó que Crisa podía entonces ejecutar friamente su venganza, y no lo pensó, como supongo, porque saltó al hueco para recobrar la prenda, con la intención de oscurecer el deshonroso ultraje y ganar su agrado. ¿Lo ves claro ahora?

Juan volvió la mirada hacia el pozo con aire escéptico y se quedó por unos segundos meditando, con una mano en la barbilla y la otra sosteniendo entre dos dedos amarillentos un cabo de cigarrillo humedecido por la llovizna.

— Es posible — dijo por fin —. ¿Pero Crisa no podría haber arrojado el cha después de haberle lanzado la piedra?

— Cuesta pensar — comenzó a responder Adrión — que alguien, después de haber sido derribado por un golpe que le abre un tajo en el cráneo, tenga ánimo para aferrarse a un pedazo de tela que en nada lo puede ayudar, salvo, en última instancia, para denunciar a su agresora.

— ¡Es posible! — repitió Juan.

— ¡No! — exclamó Adrión —. ¡No es posible! Si hubiese ocurrido así, ¿cómo podríamos explicar qué hacía Melancio dentro del pozo?

— Tal vez allí se encuentre algo más que todavía...

— ¡Nada! - interrumpió Adrión.

— No lo sé — replicó Juan —. No podemos decir ¡nada! porque no lo hemos buscado, y lo que no se busca no se puede encontrar. Si descubrimos una moneda en el suelo, la recogemos porque la vemos; pero la que no vemos, no significa que no esté ahí y que no pasemos por encima de ella.

— ¡Es verdad! - concedió Adrión —. Pero en este caso resulta inverosímil. No creo que Melancio haya bajado hasta el foso a buscar algo tan minúsculo que resulte imposible descubrir a simple vista, y menos, como es de suponer, en medio de la oscuridad, ¿no te parece?

— ¡Bébea! — concordó Juan ante el argumento de Adrión.

— Veamos los sucesos del modo más sencillo — prosiguió Adrión con tono vehemente —, y descartemos el hecho de que Crisa haya dejado su cha como prueba de su venganza y Melancio lo haya recogido para denunciar a su agresora. No. Como dije antes, Melancio bajó al hueco para rescatar la prenda, y este es el momento que aprovecha Crisa para arrojarle la piedra. Consumada la venganza, un arrebató de locura la lleva a tomar la violenta decisión de acabar con su vida, entonces se lanza a las rocas del acantilado. Es triste, muy triste... Traté de ayudarla, pero la pobre estaba confundida. En fin, fue así, para mí, tal cual lo que pasó.

Dicho esto, Adrión se apartó de nosotros con el rostro apesadumbrado, soportando, seguramente, el tormento que le infligía la cruel realidad, porque era verdad que se había aficionado a Crisa y su muerte era una separación absoluta. A lo lejos, lo vi con la cabeza undida entre las manos, sollozando por el peso de la fatalidad (fue una imprevista sorpresa, porque nunca lo había visto flaquear, sino al revés, siempre lo recuerdo con su ánimo en alto, amurallado ante las continencias).

— Tiene sentido — dijo Juan al cabo de un momento de reflexión —. Sí, me parece que tiene sentido.

— También para mí — dije conmovido.

— Y seguramente para todos — concluyó Juan.

Después de aquella luctuosa mañana, no hemos vuelto a encontrarnos con Juan, de manera que ignoramos si las conjeturas policiales coinciden con las de Adrión. Ese día, por cierto, cuando descendíamos la colina por el sendero húmedo y pedregoso, tuve el presentimiento de que algo estaba llegando a su término, que sólo faltaban unas pocas evocaciones del

insonoro tejido de la memoria para completar la vida de Angel Lapique, es decir, mi otra vida o mi pasado... Ahora sé que si concentro la atención en el punto en que dejé mi última visión favorecida por Dano Commeno, puedo enlazar de nuevo el recuerdo y provocar sucesivas remembranzas, y así mi contumaz cerebro seguirá mis órdenes.

Por lo demás, la muerte de Crisa le produjo a Laura una profunda depresión, la cual se le acentuó aún más con los días opacos y grises del centauro arquero. Pasaba la mayor parte del tiempo en la habitación, y una mañana me informó su decisión de regresar a su país. Traté de hacerla desistir, pues su compañía, aunque colmada de silencios y demarcada por intermitentes introspecciones anímicas, me resultaba compensadora, como si ella fuera una parte de mi ser y yo algo del de ella, y también porque en sus momentos de navegación por el cauce expresivo me obligaba a sustentarme en la realidad, a cabalgar sobre el presente y a la complacencia del vértigo amoroso. No quise pensar cómo su ausencia iría a pesar en mi vida, de qué manera su imagen tomaría posesión de mi mente, acrecentando la soledad, mortificando con peso incalculable mi pecho lleno de multitudinosos suspiros. ¿Sería entonces un fantasma, otro fantasma como el de Victorina Ramela...?

Sin más remedio que la resignación, esperé el momento de su partida para volver a vincularme con los difusos recuerdos. Entre tanto, traté de hacerle placenteros esos últimos días en Angelocastro, proponiendo amenas conversaciones en el Salón de los Recuerdos, jugando a los naipes, saboreando los alcoholes de Adrión, y, junto con éste, saliendo por los alrededores, después de las lluvias, a dar cortos paseos por la brumosa costa y a recolectar caracoles, comida que era de su especial predilección.

La noche anterior a su partida, sentados frente a frente en el Salón de los Recuerdos, estando su rostro especialmente iluminado por el resplandor de los encendidos leños de la chimenea, observé con prolija atención las facciones de su cara como nunca antes lo había hecho, por supuesto sin que Laura advirtiera mi proceder. Me pareció de pronto que, a pesar de la brevedad del tiempo transcurrido desde su llegada a Angelocastro, un cambio notable se había producido en su rostro, que descubría envejecido. No se trataba esta vez de una más de las tantas transmutaciones que he observado en otras oportunidades, cuando se ha permutado de madura a mujer púbera, o viceversa, no, porque, como he referido antes, ahora veo la realidad con otros ojos. Notaba que, aún con sus rasgos de juventud, un prematuro abultamiento de sus párpados inferiores y algunas líneas de expresión anunciaban su futuro y tal vez lamentable aspecto. No sé si esta impresión fue producto de una inconsciente reacción defensiva ante la inminencia de su viaje, por temor a la congoja de la soledad, que me impulsaba a desacreditarla para aminorar mi previsible pena. Lo cierto es que la encontraba distinta, ya no era la Bella Dama que conocí en la Caverna

de la Salud (que en realidad no es una caverna, como antes he referido, sino un centro de curación por aguas salutíferas, pero como a toda noche, por más larga que sea, le llega el día, también a mí comienza a llegar el albor de la verdad, pues la máxima dice que todo lo que tiene un contrario nace de este contrario, como la vigilia del sueño y la vida de la muerte), ni la *Afrodita Anadiómeda* como la prefiguré en un sueño y luego contemplé, con absortos ojos, en la playa de la bahía, cual diosa mediterránea (la citerea, cipris), ni como esbelta, trémula y coloreada **nubilulina**, ni como nada de las tantas representaciones que mi mente a la deriva quiso crear.

En todo caso, la vi distinta y — la verdad sea dicha — experimenté por unos minutos una sensación de desagrado, un vago, incomprensible malestar de repugnancia.

Pero muy pronto todo pasó, y saliendo de mi escondrijo de cavilaciones tuve conciencia de que hacía rato Laura me estaba hablando de Adrión, y a pesar de la poca o nada atención que había prestado a sus palabras, pude colegir, por el hilo de su charla, que hacía referencia a una conversación sostenida en algún momento con él y en la cual le había hecho algunas revelaciones interesantes, debido a la vecindad de su partida y al cambio notable que observaba en mí, pues a su parecer, colmado de perspicacia, yo estaba tornando de las tinieblas y comenzaba a desvelar la realidad terrenal, hasta el punto de que ya no lo calificaba despectivamente de enano, ni lo veía como un arúspice de la antigüedad, ni me empeñaba en consolidar anacronismos absurdos.

— Sí — dijo Laura con fría gravedad —, es cierto. Hasta hace poco vivías más asociado al desatino que a la cordura.

Laura hizo silencio y yo disimulé un aire de preocupado pensador, como reflexionando sobre su riguroso aserto, pero en realidad meditaba sobre ella y la humana audacia de reprochar a los demás el defecto que se adolece y quiere ignorar. Por mi parte, reconozco — lo he expresado atrás — mis vacilaciones y delirios, pero lucho por salir de la inexorable confusión en que vivo. La pobre Laura, en cambio, continúa en la senda tortuosa, inclinada a los desvaríos y sometida por su propio engaño (ahora se aleja de mí pensando que el mundo corre a sus pies...).

Laura continuó hablando con mucha gravedad sobre los asuntos que le había confiado Adrión, mientras a un lado, en la chimenea, crepitaban los ardientes leños resinosos.

— Para seguir tus chifladuras y no verse con tu oposición, me dijo que le había puesto el nombre de Kikeon al brebaje que te preparó para que creyeras que ingerías la bebida del ritual de iniciación en el antiguo santuario de Eleusis y que además había definido ese nombre como si se tratara de unas siglas, un invento de él. También me dijo que, obligado por

tus manías y con el fin de darte respuestas acordes, había tenido que estudiar tanto como tantos habían sido tus extravíos por el pasado. Le pregunté por el enigma y me contestó que si bien habías dado con todas las soluciones, exceptuando una referida a su país americano de nacimiento, todavía no había llegado la oportunidad en que utilizarías esas respuestas para terminar de aclarar tu memoria, pero que muy pronto lo harías, y que por tal razón, ya no consideraba necesario otro enigma.

Escuché a Laura con profunda seriedad, y me di cuenta de que en la confesión de Adrión había mucho de verdad, sino toda, y ya hace tiempo había vagamente sospechado que, como no manifestaba contradicción en lo que yo decía y hacía, salvo en algunas oportunidades, de seguro me tomaba por un loco, aunque, ¡claro!, siempre he sabido que estoy en mis cabales y que sólo he estado tras las huellas de mi pasado. Un poco molesto por los comentarios, dije:

— ¡Prefiero que hablemos de nosotros!

Permanecemos callados, envueltos por el espeso silencio de la noche, y estábamos así, cuando repentinamente comenzamos a escuchar una melodía alegre pulsada en un instrumento de cuerdas. La música parecía surgir de un sitio muy cercano, porque llegaba con toda nitidez a la habitación, a pesar de tener la puerta cerrada por el frío.

— ¿Quién puede ser? — preguntó Laura encantada —. ¿No es maravillosa?

— ¡Por supuesto! — exclamé.

Abrí la puerta que da a la terraza semicircular y la melodía se introdujo, doméstica y dulcemente, con el aliento frío de la bahía, con el palpitar del corazón de la noche, al caldeado Salón de los Recuerdos. Afuera, el firmamento oscuro colmado de estrellas parecía armonizar con los diestros punteados de un solitario músico, instalado en la proa de una barqueta de pescador anclada muy cerca de la costa (en mi mente resucitó la imagen del famoso citarista Arión, quien, según la leyenda, antes de arrojarse al mar obligado por unos piratas corintios, cantó el *Nomo ortio*, y luego fue salvado por un delfín de Apolo y conducido hasta el cabo Ténaro).

También Laura salió a la terraza movida por una irrefrenable curiosidad, y en verdad que las pulsaciones de aquella música tenían un extraño poder de encantamiento, pues a medida que la escuchábamos, nos llenábamos de exultante emoción, de sanguínea vehemencia. Dejé a Laura por un momento y bajé al sótano en procura de una jarra de retsina. Cuando regresé a la terraza, Laura parecía, al igual que todo el entorno (las colinas sumidas en la oscuridad, las escasas nubes navegando a poca altura, los odoríferos pinos movidos por fugaces rachas de viento), poseída por un éxtasis demoníaco,

y se había quitado los zapatos y bailaba sobre el frío piso de lajas, bailaba con una alegría sin límites, saltando con uno y otro pie, enarbolando las manos, reverenciando con inclinaciones la música extraña, abriendo los brazos para abrazar el misterio grandioso del mundo y de la vida, sonando rítmicamente los dedos, y bailaba con toda la fogsosidad de su cuerpo esbelto embriagado de armonías, con su soledad, con sus esperanzas, con un gozo triunfal.

Entonces el músico hizo una pausa y súbitamente el silencio nocturno y secreto de la tierra y el mar se apoderó de nosotros, produciéndonos un gran vacío, como si de pronto todo a nuestro alrededor hubiese sido fulminado por un rayo de desolación, mientras nosotros caíamos en la intemporal e inexplicable nada. Cuando salimos de nuestro asombro, como en un *fiat mundus*, bebimos de la jarra de resina hasta dar completa cuenta de ella, sentados sobre el muro de la terraza, y justo en ese instante, como si hubiera esperado el momento, el músico atacó una nueva melodía haciendo resonar aún más las cuerdas de su instrumento, y otra vez volvió a nosotros la plenitud.

Y repentinamente, Laura se lanzó hacia mí y me rodeó el cuello en un fuerte abrazo amoroso. Luego, tomándome por una mano, me condujo al Salón de los Recuerdos, me sentó en un sillón, cerró la puerta interior, apagó las luces, se paró delante de la chimenea y se dispuso a bailar de nuevo. Esta vez, siguiendo la música, inició un baile de dulces movimientos, pero lentamente fue despojándose de su ropa, sin dejar de contornear su alta y delicada figura, primero el suéter y la camisa, después la amplia y pesada falda y por último su ropa interior, hasta que se mostró completamente desnuda, y era una silueta de incitantes ondulaciones sobre el fondo refulgente de los leños, un cuerpo de brillo dorado, una llama tremolante, un fuego que me hacía arder, me devoraba por dentro e inflamaba por fuera mi piel llenándome de pasión y de indómitos deseos, y, mientras mi corazón retumbaba, aumentaba mi pasión y crecían mis deseos cada vez que Laura, meciendo sus caderas, nalgueando seductoramente, se volvía para darme la espalda y se inclinaba para mostrarme su hechizante *interfeminum* en todo su esplendor.

Es el más grande e imborrable recuerdo de Laura. Esa noche nos amamos con intensa pasión, con apetito voraz, como — efectivamente fue — la última vez de nuestras vidas.